

SE SUSCRIBE ENTGLEDO, LIBRERÍA DE FANDO.

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Este Boletín está dedicado á la circulación de las comunicaciones oficiales del Arzobispado, y demás que convenga al interés del Clero.



Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamación dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

SECRETARIA DE ORDENES.

Nuestro Emmo. Prelado celebró las Ordenes generales de las Témporas de Pentecostés, en los dias al efecto designamos confiriéndoles á los interesados siguientes:

Tonsura.

D. Dionisio Moreno Salcedo.
 Eulogio Freire y Turrillo.
 Juan de Dios Ruiz Fernandez.
 Francisco Gonzalez y Gomez.
 Manuel Asensio Santa María.
 Félix María Davalillo y Rivas.
 Santiago Arenas y Sanchez.
 Pedro Pinto y Velasco.
 Bernardo Quejido y Gonzalez.
 Alberto Diez Martin.
 Fermin Alía y Lopez.
 Manuel Magan y Martin.
 Emilio Gonzalez y Plaza.
 Agustin Malglano y Quajardo.
 Juan Pablo Ochaita y Aguado.
 Juan Félix Nuñez y Muñoz.
 Saturnino Ramos y Torres.
 Arturo Lozano y Sirgo.
 José Ordoñez y Rey.
 Marcelino Montero y Alameda.
 Podro Antonio Mulleras y Lopez.
 Ramon Murias y Corral.
 Francisco Maqueda y Diaz.
 Tadeo Escolar y Portillo.
 Julian Beteta y Puebla.

D. Ceferino Ramirez y Puebla.
 Julian Antonio Naranjo y Puebla.

Grados.

D. José Perez Ortiz.
 Manuel Casas Peralonso.
 Mariano Rianza y Torres.

Epistola.

D. José Perez Ortiz.
 Evaristo Hernandez y Perez.
 Sabas Prados y Jimenez.
 Tomás Bautista Cámara.
 Pablo Aparicio y García.
 Mariano Rianza y Torres.

Evangelio.

D. Vicente Rodriguez Martinez.
 Domingo Sierra Izquierdo.
 Gregorio Fernandez Barranquero.
 José Moreno y Mazon.

Misa.

D. Emilio Cea y Salado.
 José Rico y Garrido.
 José Valero y Cuadrado.
 Francisco Gonzalez Barrera.
 Rafael Simon Barco.

HABILITACION DEL CULTO Y CLERO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Desde el dia 10 del actual se halla abierto el pago de la mensualidad de Mayo último, para los partícipes del presupuesto eclesiástico que per-

ciben sus haberes en los arciprestazgos respectivos. Madrid 5 de Junio de 1860.—Márcos Martínez Sainz.

CONFERENCIAS

DEL P. FÉLIX DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,
EN LA CATEDRAL DE PARÍS.

(Continuacion.)

Aquí teneis, por último, las imágenes de los Santos, que brillan en medio de sublimes y celestiales aureolas: ¡qué fisonomías! ¡qué grandeza! ¡qué rayo celestial brilla en sus semblantes! ¡cómo resplandece la divina lumbre en la frente de esos hombres que como nosotros han hollado la tierra! Y, ¿no ha de bastar para la educación de la familia cristiana imitar á los héroes del cristianismo, seguir las huellas de esos gigantes de la humanidad?—No, todavía no, contesta la Iglesia católica; para la gloria de mi raza, para la ilustración de mi posteridad, no es suficiente aún la imitación de los Santos.

Sobre todos vuestros antepasados, sobre todos los hombres célebres, sobre todos los Santos, está el Padre del siglo venidero, está vuestro divino antepasado: sobre todas estas figuras descuella una figura incomparable tipo y modelo de todos los Santos: sobre toda la humanidad, en fin, está el Dios-Hombre, Jesucristo, Nuestro Señor, á quien todos debemos imitar.—Hijos míos, dice la Iglesia á su familia entera: Jesucristo primero; Jesucristo despues, y siempre Jesucristo ha de ser vuestro dechado. Los dolores de mi alumbramiento, y el progreso de vuestra vida entera, sólo consisten en haceros parecidos á Jesus, y en convertirlos en fiel imagen suya!

Hé aquí, señores, el secreto de la grandeza de la familia cristiana, perpétuo vaciado de todas las generaciones, hecho por mano de la Iglesia en el molde de Jesucristo. Aquí está todo entero, en su longitud, en su latitud y profundidad el dulce y prepotente ministerio de la Iglesia católica para la familia cristiana. Estampar á Jesucristo en nuestras almas, formarlo dentro de nuestros corazones, ha sido en todos tiempos y en todas partes su insatiable y divina ambición. ¡Ah! sus enemigos desfiguran y calumbian ante los pueblos esta ambición, que no es, como se supone, rivalidad de influencia, colos de poderío, no: lo juro puesta la mano sobre su corazón y el

vuestro: esta ambición es una necesidad de su amor impaciente, anhelante por reproducir en todas partes la imagen de su Cristo; amor semejante al que siente toda madre que se tiene por dichosa en sufrir para formar á sus hijos: amor que va diciendo á todas las familias en que hay un alma donde grabar á Jesucristo y conformar en Jesucristo, estas palabras que revelan su maternal ambición y que rebosan, más que dolor, dulcísima alegría: »Hijitos míos, por quienes segunda vez estoy sufriendo dolores de parto, hasta que Jesucristo, mi divino esposo, sea formado en vuestros corazones y vea brillar en vuestra frente su divina imagen... *Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis!*...

Esta es la razón de que, bajo el techo de cada casa, en que no se haya repudiado el sagrado ministerio de la maternidad de la Iglesia, se vea colgada de la pared y espuesta á todas las miradas, y á la dócil veneración de todos los ánimos, la dulce y sublime imagen de Jesucristo. Allí está, no solo como un Dios protector del hogar doméstico, si no como un Dios, modelo de la familia entera: allí está el divino Crucificado cobijando con sus miradas á la familia que le adora, indicando cuál es el divino ideal á todo el que aspira á ser grande.

Deteneos, señores; deteneos un momento ante el espectáculo que á los ojos de los ángeles presenta el hogar cristiano. Mirad al padre, á la madre, á los hijos, á toda la sociedad doméstica arrodillada ante el Dios del Calvario, convertido en Dios del hogar, arrancando con la oración y la ternura, y la influencia de la divina gracia, la fuerte inspiración del divino ejemplo! ¡Mirad al Padre tendiendo los brazos á toda la familia recogida dentro de la fé y el respeto; miradlo bendecir á todos con la bendición de Jesucristo! ¡Mirad al hijo tan sensible á la muda elocuencia que se espresa con la mirada; miradle descubrir á los primeros rayos de la aurora la imagen de Jesucristo, suspendida sobre su cabeza; miradle á la noche saludar con su postrer mirada al manso Cordero, que por él queda velando durante su sueño; miradle, en fin, entre el día besar con amor y respeto la imagen adorada! Y mirad á la madre, sobre todo, ¡cuál inicia en el corazón de la tierna criatura el gran misterio de la cristiandad, con una elocuencia que no tiene rival en la elocuencia humana! ¡Cómo va haciendo penetrar por ojos y oídos la imagen de Jesucristo en el fondo de aquella alma tierna y sencilla

que debe conservarla para siempre, no solo como solaz del corazón y consuelo en la aflicción sino principalmente como regla de vida y tipo de perfección; en una palabra, como vivo dechado de la grandeza á que debe aspirar!

Sé muy bien, señores, que no es bastante decirlo: es menester pintarlo. Descienda, pues, sobre vosotros la luz de la verdad al contemplar el cuadro que voy á tomar de las paredes del hogar cristiano.

Una madre educaba á su hijo; madre digna de su vocación y de su nombre: madre verdaderamente cristiana, que llevaba profundamente grabado en su corazón á Jesucristo, desde que la educación le había trazado esta imagen en la edad más tierna.

Quería esta madre reproducir en el alma de su hijo lo que ella tenía pintado en su alma, para convertirle en vivo *fac simile* del retrato de su Dios. ¿Queréis saber cómo se ingeniaba esta madre para introducir en las entrañas de su hijo á Jesucristo entero? Tomaba el divino libro en que el arte reproducía en figuras los misterios narrados en el Evangelio; y pasando alternativamente del libro á la imagen y de la imagen al libro, como para mostrar al niño con esta doble luz en toda la plenitud posible, la belleza de Jesucristo, le decía, no una ni diez veces, sino diez mil, con un acento más fácil de ser adivinado que reproducido: «¿Ves, hijo mío, qué humilde fué Jesucristo en Belén cuando se recostaba en pobre » y pajiza cuna? Pues mira, hijo, si quieres llegar á ser grande, es menester que te hagas muy » pequeño. ¿Ves cuán dócil y sumiso en Nazareth? » Señor era del mundo, hijo mío, y sin embargo » obedecía, obedecía siempre. *Erat subditus*. ¿Ves » qué tierno con Lázaro, cuán clemente con Magdalena y bondadoso con San Juan y dulce hasta con el mismo Judas? ¿Qué tranquilo cuando » le ultrajaban, qué paciente cuando le herían, qué » sereno con los que inicualemente le juzgaban!

» Escucha, escucha el grito de este manso » Cordero al exhalar el último suspiro: «Padre mío, » perdónalos que no saben lo que se hacen.» Pues » bien, hijo mío; como él serás bondadoso; como » él paciente; como él perdonarás á tus enemigos; y si para salvar á tus hermanos es menester que padezcas un día, que padezcas hasta » morir, acuérdate, hijo mío, acuérdate, que para » salvarte á tí Jesucristo ha dado su vida.» Y en medio de este discurso, envuelto en mil caricias, lágrimas y sonrisas, tomaba el Santo Cristo, la imagen más expresiva de los cristianos, lo ponía

en manos de su hijo, hacia que en él se fijasen sus ojos, lo arrimaba á sus labios, estrechaba contra su corazón, enseñándole á conocerle, amarle y abrazarle á un tiempo mismo, y le decía: «¡Oh! ¿Ves cuánto ha padecido! ¿Mira estos clavos, estas espinas, estos pies y manos, este divo vino costado abierto! ¿Así es, querido mío, como sabe amar Jesús! El es tu maestro y tienes que atender á sus palabras: él es tu capitán y tienes que seguir sus banderas: él es tu modelo y debes imitarle.»

Resvestid, señores, esta enseñanza que fluye de los labios de una madre y del rostro de Jesucristo, revestida con la fuerza de simpatía y persuasión que solo tiene el acento maternal: figuraos lo que el amor de su corazón, la penetración de su voz, la dulzura de sus caricias y el encanto de sus sonrisas, unido al de sus lágrimas, puede prestar á esta lección incomparable; y acaso, acaso adivinareis algo de lo que esta madre hacia para grabar en el alma de su hijo la imagen de Jesucristo que engrandece todas las facultades y todas las virtudes, engrandeciendo al hombre entero.

Pero ¿donde está esta madre? me preguntareis. ¿Donde? Donde quiera que esté el cristianismo; donde quiera que las madres concurren con la Iglesia á la grande obra de la maternidad cristiana, á conformar el corazón de los niños por el de Jesucristo. Y hé aquí, sea dicho de pasada, el tipo inmortal é inalterable de la educación cristiana: grabar una imagen tan íntima, tan clara y tan viva de Jesucristo en el corazón del tierno discípulo, que ni las sombras del error, ni el soplo de las pasiones, ni las manchas de los vicios pueden borrarlas jamás. En una palabra; criar lenta y eficazmente, á fuerza de cariño, de virtudes y de sacrificios en las estrañas de las generaciones, no un Cristo falso, sino un Cristo sincero; no ese pseudo-Cristo ensalzado por los reformadores anti-cristianos, sino el verdadero Jesucristo, predicado siempre y siempre amorosamente abrazado por la Iglesia católica; no el Cristo imaginario, despojado de su cruz y de su divina aureola, sino el Cristo real enhiesto en el Calvario y coronado de su divinidad: en una palabra, señores, grabar en los cristianos, no una imagen superficial de Jesucristo, como frecuentemente acontece, sino la efigie profunda que traza en los pliegues más recónditos de la vida intelectual y moral, el indeleble carácter de Jesucristo; hacer, en fin, que las generaciones educadas en el seno doméstico, tengan un Jesucristo tan íntimo y palpable á un mismo tiempo, tan

vivificante en lo interior y tan esplendente en los exterior, que al desarrollarse progresivamente la vida cristiana, á la influencia comun de la Iglesia y de la paternidad, tome la forma que le corresponde; la forma mas antipática á Satanás, mas semejante á Dios, la forma de Jesucristo!

Tal es la obra que juntas deben llevar á cabo la Iglesia y la paternidad. Entónces, no lo dudeis, la familia cristiana tomará entre nosotros su verdadera actitud; adherida á Jesucristo con todas sus potencias, tendiendo hácia lo infinito con todas sus aspiraciones: entónces la sociedad sentirá de rechazo el impulso de todas las familias y subirá por sí sola á la misma cumbre: porque la humanidad que lleva á Jesucristo en su plenitud, es conducida por él, y con él se eleva á medida que Jesucristo se estiende dentro de ella.

La familia que, por el contrario, no ha sido modelada por Jesucristo, ó que le ha rechazado despues de haberle conocido, casi siempre se descompone por sí misma y cae muy por bajo de la humanidad.

¿Quereis saber, señores, en qué consiste la decadencia de tantas generaciones y la degradacion de tantas familias? ¡Ah! os lo diré, no sin profunda tristeza: no está ya Jesucristo en el hogar doméstico; no está su imágen colgada en las paredes; no está Jesucristo en las costumbres, no reina ya en la familia. ¿Y por qué? Porque no está ya grabada en las almas! Aquí podria yo preguntaros: Cristianos, que os decorais todavía con el signo augusto de la redencion, y el gran nombre de Jesucristo; decidme, por vida vuestra: ¿teneis á Jesucristo en vuestra casa? ¿teneis al ménos su santa imágen al alcancé de vuestras miradas? ¿Vais todos los dias á prosternaros delante de ella, llevando á vuestro lado á los hijos para recibir la bendicion y la inspiracion divinas? No: sé que alguno de vosotros no tiene á Jesucristo consigo. ¡Cómo! Teneis á la vista retratos de vuestros grandes hombres, ornadas están vuestras casas de estátuas y cuadros profanos, ¿qué es lo que digo? espuestos á las miradas de los niños y á la admiracion de los adultos, conservais los amores del paganismo, las Venus del paganismo, los Apolos del paganismo, todas las indecencias del paganismo gozan de asilo en casa de los cristianos: y bajo esos techos que prestan abrigo á tantos héroes humanos, á tantas divinidades paganas, ¿no hay un rincon-siquiera para la imágen de aquel Jesus á quien Tiberio no rehusó un lugar entre las deidades del Panteon de Roma?

Y cuando llegue vuestro postrer momento,

cuando el ministro y embajador de Jesucristo, Rey, Salvador y modelo vuestro, se aproxime á vuestro lecho y busque para mostráros la única imágen que puede todavía hablaros de esperanza, acaso se responderá al sacerdote pasmado de ver á Jesucristo ausente de la vivienda de un cristiano:—«No hay un Santo-Cristo en toda la casa.»—¿Y por qué no está esa imágen espuesta á las miradas de todos? ¡Ah! porque no se ha cuidado de grabarla en el fondo de los corazones por medio de una educacion profundamente cristiana. El padre no está hecho á semejanza de Jesucristo, y no adora á Jesucristo, no ama á Jesucristo, no conoce acaso á Jesucristo: la madre, la madre misma, se ha dejado arrastrar poco á poco por el viento mundanal, ó desvanecer por las pasiones la imágen tan á la ligera pintada en su infancia; y entre una paternidad y una maternidad que apenas ha conservado de Jesucristo más que un nombre que miente á la realidad, ¿cómo el hijo ha de recibir la indeleble estampa de los verdaderos cristianos, que eleva la vida á la altura de Jesucristo?

¿Quereis, señores, realzar la humanidad entera realzando á la familia? Volved á colocar en vuestra casa, restaurad sobre todo en vuestras almas la imágen del Dios desaparecido, y haced que esta imágen, pasando de vuestros almas y vuestra frente el alma y á la frente de vuestros hijos, los marque con el signo de la verdadera grandeza.

(Se continuará.)

ANUNCIOS.

GUIA DEL NIÑO CRISTIANO

OBRA DE TESTO.

Adornada con ocho bonitas láminas.

Este precioso librito, que por sus escelentes versos y por la doctrina piadosa y católica que contiene, es digno de la mayor recomendacion para el uso de los niños y niñas en las escuelas, está declarado de testo, por Real orden inserta en la *Gaceta* del 11 de Junio de 1858.

Se vende á 3 rs., en la imprenta de este periódico.

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

TOLEDO:—1860.

IMPRESA DEL MISMO, ANCHA, 31, Y NUNCIO VIEJO, 11.